

Amélie Nothomb

El crimen
del conde Neville

Traducción de Sergi Pàmies



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

Le crime du comte Neville

© Éditions Albin Michel

París, 2015

Ilustración: foto © Stéphane Haskell

Primera edición: junio 2017

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Sergi Pàmies, 2017

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2017

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7986-5

Depósito Legal: B. 10749-2017

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Si al conde Neville le hubieran dicho que un día visitaría a una vidente, no se lo habría creído. Si hubieran añadido que sería para buscar a su hija fugada, este hombre sensible se habría desmayado.

Una especie de secretaria le abrió la puerta y lo condujo hasta una sala de espera.

—Madame Portenduère lo recibirá enseguida.

Era como estar en el dentista. Neville se sentó, muy erguido, y observó con perplejidad los motivos tibetanos que decoraban las paredes. Una vez dentro del gabinete de la vidente, lo primero que hizo fue preguntar dónde estaba su hija.

—La pequeña está durmiendo en la habitación de al lado —respondió la mujer.

Neville no se atrevió a decir nada: ¿acaso iban a exigirle un rescate? La vidente, una mujer de edad indefinida, enérgica, regordeta, de una extrema vivacidad, retomó la palabra:

—Ayer, pasada la medianoche, salí a dar un paseo no muy lejos de sus dominios. La luna brillaba como si fuera de día. Fue entonces cuando me tropecé con su hija, acurrucada en posición fetal, temblando de frío. Se negó a decirme nada. La convencí para que me acompañara: si se hubiera quedado allí se habría muerto de frío. Al llegar aquí quise llamarlo sin demora para tranquilizarlo: pero ella me dijo que era inútil, que usted no se había dado cuenta de su desaparición.

—Exacto.

—Así que he esperado hasta esta mañana para llamarle. ¿Cómo es posible que no haya notado la ausencia de su hija, señor?

—Cenó con nosotros y luego, como cada noche, subió a su habitación. Debí de salir cuando ya estábamos acostados.

—¿Cómo se comportó durante la cena?

—Como es habitual en ella, no dijo palabra, apenas comió y no parecía estar en su mejor forma.

La vidente suspiró.

—¿Y no le preocupa tener una hija en semejante estado?

—Tiene diecisiete años.

—¿Y se conforma con esa explicación?

Neville frunció el ceño. ¿Con qué derecho lo interrogaba?

—Entiendo que mis preguntas puedan resultar-

le chocantes, pero fui yo quien encontró a su hija en el bosque en plena noche. Hágase cargo de mi sorpresa. Le pregunté si tenía una cita romántica y ella me miró atónita.

–En efecto, no es su estilo.

–¿Y cuál es su estilo?

–No lo sé. Es una adolescente taciturna.

–¿Nunca ha pensado en proporcionarle ayuda psicológica?

–Es introvertida. No es ninguna enfermedad.

–De todos modos, se ha fugado.

–Es la primera vez.

–Señor, me sorprende verlo tan poco preocupado.

Neville reprimió la cólera que le producía verse juzgado por una desconocida. Esa mañana, cuando la vidente le había dado la noticia por teléfono, se había sentido trastornado. Pero no era la clase de hombre que muestra sus emociones.

–Debería ocuparme de mis asuntos, de acuerdo –añadió ella–. Pero tendría que haberla visto, tiritando, sola, en pleno bosque. Ni siquiera se había llevado una manta o un abrigo. Esta chiquilla me conmueve, parece estar tan a disgusto en su propia piel. Me pregunto si se interesa usted lo suficiente por sus vivencias.

Esta última palabra impactó al conde como si de una bofetada se tratara. No era la primera vez

que se lo decían. De unos años a esta parte, y por oscuras razones, la gente ya no se conformaba con los términos *sentimientos*, *sensaciones* o *impresiones*, que no obstante seguían cumpliendo perfectamente su función. Además la gente debía tener vivencias. Neville era alérgico a este vocablo tan ridículo como pretencioso.

La vidente advirtió su irritación y creyó haber dado en la diana: en adelante aquel padre se tomaría más en serio sus responsabilidades.

Neville se levantó, con aspecto de considerar que ya había escuchado suficiente. La vidente se le acercó y le cogió la mano con un gesto de entusiasmo, como si quisiera darle a entender que estaba de su lado, pero al tocarle la palma cambió de expresión.

—Pronto dará usted una gran fiesta en su casa —dijo.

—Efectivamente.

—Durante esa recepción, usted matará a un invitado.

—¿Perdón? —exclamó el conde, palideciendo.

La vidente le soltó la mano y sonrió:

—No se preocupe. Todo saldrá de maravilla. Sígame, vamos a despertar a su hija.

Sin esa profecía de último minuto, Neville habría convertido aquel momento en un festival de efusiones. Pero, al entrar en la habitación, estaba más tenso que nunca.

Acostada en un catre, la joven no estaba durmiendo.

–Hola, papá –dijo pausadamente.

–Hola, querida. ¿Cómo estás?

Sin escuchar la respuesta, se dio la vuelta hacia la vidente con la esperanza de que los dejara solos. Ella, sin embargo, insistía en presenciar su reencuentro: estiraba el cuello y abría los ojos desmesuradamente.

Como si la escena no fuera con él, el conde se esforzó en hacer como que no existían ni aquella profecía ni aquella profetisa. Se acercó para abrazar a su hija, que parecía tan indiferente como de costumbre.

–Vámonos –sugirió él.

Fue entonces cuando Madame Portenduère quiso ofrecerles un pequeño desayuno, pero la pequeña la instó a desistir:

–Gracias, Madame. Pero mamá estará preocupada.

–Llámame Rosalba y tutéame, ¿de acuerdo?

–Sí –dijo ella con la expresión de estar deseando que ninguna de ambas posibilidades volvieran a presentarse.

–Si necesitas hablar con alguien, ya sabes dónde encontrarme –añadió la mujer, entregándole a la chica su tarjeta de visita.

Volvió a acompañar a Neville hasta su gabinete.

te, como si aquel episodio le hubiera dado derecho a controlar su conducta.

–Debería usted mostrarse más cordial con su hija –dijo.

Él estaba a punto de protestar y decirle que si no se había mostrado así era culpa suya, cuando ella lo desconcertó con la siguiente pregunta:

–¿Por qué le pusieron un nombre así?

–¿Cómo así?

–No se le pone Sérieuse a una hija, vamos.

–¿Y por qué no? –dijo el conde pensando: «Bien se llama usted Rosalba.»

–No se es seria cuando se tienen diecisiete años.

–Comete usted un error gramatical. El impersonal implica invariabilidad.

La vidente asintió moviendo la cabeza:

–Creo que tiene usted un problema, señor.

–Basta, señora. Ha salvado usted a mi hija y le estoy sinceramente agradecido. Si le parece bien, lo dejaremos aquí.

Mientras conducía hacia el castillo, Neville tuvo que hacer un esfuerzo para comportarse como un padre que acaba de reencontrarse con su hija fugada.

—¿Hay algo que quieras contarme, querida?

—No especialmente, papá.

—¿Por qué te has escapado?

—Sólo quería pasar la noche en el bosque. La vidente me descubrió y dijo que había sido una fuga. De no ser por ella, habría regresado a mi habitación al amanecer y nadie se habría dado cuenta de nada.

—¿Y por qué no se lo has dicho?

—Se lo he dicho. Pero ella seguía en sus trece, para ella las adolescentes se fugan.

—¿Y por qué querías pasar la noche en el bosque?

—Para saber cómo era.

—¿Es la primera vez que lo intentas?

—Sí.

—Podrías haberte muerto de frío.

—Nunca pensé que llegaría a tiritar así en una noche de septiembre.

El conde pensó que no tenía nada que objetar a esa actitud:

—¿Sabes que a tu edad yo también pasé una noche en el bosque, igual que tú?

—¿Ah, sí?

—Si te parece bien, no se lo contaremos a tu madre. Se preocuparía.

—De acuerdo.

Orgulloso de haber mantenido una verdadera conversación con su hija, Neville se relajó hasta que se acordó de la profecía anunciada por la vidente. El primer domingo de octubre se celebraría la famosa garden party anual en los jardines del castillo de Pluvier. Era el acontecimiento social de esa remota región de las Ardenas belgas. Ni siquiera era posible plantearse la eventualidad de suspenderla. A Neville le aterrorizaba la idea de que fuera a matar a uno de sus invitados. Eso no se hace. ¡Y pensar que iba a cometer semejante barbaridad justo en la última garden party del Pluvier!

En efecto, la familia estaba arruinada y a partir del 2 de noviembre perdería su derecho a perma-

necer en el castillo. Precisamente por ello, Neville le otorgaba a aquella última garden party una importancia aún mayor, ya que daba por hecho que sería un homenaje al honor de la familia agasajar a sus huéspedes por última vez. No parecía que asesinar a uno de ellos fuera el mejor modo de conseguirlo.

Tuvieron un pinchazo. Ni el padre ni la hija sabían cambiar una rueda.

–Estamos a sólo dos kilómetros del Pluvier; seguiremos andando. Mandaré a tu hermano mayor a ocuparse del coche.

No hablar mientras conduces es normal y está incluso bien visto: se corresponde con la actitud de un conductor concentrado. No hablar mientras caminas junto a tu hija ya resulta más discutible. El conde se esforzó en encontrar algunos temas de circunstancias:

–Cuéntame tu noche en el bosque, querida.

–Al principio todo fue maravilloso. Una lechuga ululaba. El aire olía bien. Me tumbé sobre el musgo como si de una almohada de hojas muertas se tratara, escuché correr a los ciervos. Muy rápidamente, sin embargo, el frío se apoderó de mí y todo empezó a volverse hostil.

–Podrías haber vuelto, aunque sólo fuera para recoger una manta.

–Me había jurado a mí misma que no lo haría.

Él sonrió. Este tipo de desafío le parecía típico de la adolescencia.

–Y luego llegó madame Portenduère. Me ofreció su capa; es muy amable, aunque un poco..., no sé cómo decirlo.

–Creo que te comprendo.

–Ella andaba buscando unos champiñones especiales que sólo pueden recogerse después de medianoche.

–Vaya.

–Un secreto de vidente, seguro.

Neville recordó el consejo de aquella mujer: le había sugerido que se interesara por «las vivencias» de su hija. Deseó que Sérieuse no sufriera aquel tipo de traumas y se dispuso a intentarlo:

–Háblame de tus vivencias, querida.

–¿De mis qué?

–Tus vivencias.

El simple hecho de pronunciar aquella palabra le daba vergüenza.

–Perdona, papá, pero me parece una pregunta ridícula.

Más tranquilo, él guardó silencio.

A lo lejos, divisaron una de las torres del castillo, encajado en el corazón del bosque. El conde sintió que su hija compartía su misma emoción: ¡cómo amaban ese lugar! ¡Y cuánto sufrimiento les producía la mera idea de perderlo!

Lo más duro era que en adelante ya no podría defender aquel remanso de paz. En Bélgica no existe ninguna ley que proteja los monumentos históricos. Nada impediría a los futuros propietarios arrasar esa construcción de 1799 y el viejo bosque de sus alrededores. Dejar de ser el propietario de aquel lugar de ensueño no era grave, pero que lo destruyeran, aunque sólo fuera a título de hipótesis, constituía un suplicio para ambos.

—Es triste, ¿verdad?

—Sí.

Añadir algo más les habría parecido indigno. Sabían que en esa época lamentar la pérdida del castillo familiar resultaba obsceno. Como solía recordar Neville, ya era admirable haber podido conservar el Pluvier durante tanto tiempo.

No obstante, seguirían conservando la casa al pie del castillo, la Aumônière, que en otros tiempos había sido el hogar de unos aparceros: no se convertirían en sintecho. Pero en caso de que el castillo y el bosque fueran destruidos, estarían en primera fila para presenciar el desastre.